

no es posible referirse solamente a los exiliados. Después de los años cuarenta, otros muchos intelectuales, técnicos, trabajadores, unos por razones políticas (los menos), otros por las económicas, se fueron instalando y plantando también raíces en aquellos países. La influencia cultural no se produce únicamente por medio de las obras de los intelectuales, de sus actividades en los centros docentes, en los museos y bibliotecas y en todo género de instituciones. Quizá la influencia cultural más viva, la que se convierte en auténtica fusión cultural, es la que se forja por la convivencia en todos los medios sociales, desde el tajo a la Universidad. Si a ésta agregamos la enorme obra de los intelectuales exiliados creada en América, influenciada a su vez por las obras de los intelectuales latinoamericanos —aquí sí es necesario escribir la palabra— y norteamericanos, nos encontraremos con una cultura que ya no puede denominarse española. Por otro lado, la difusión en España de la obra de los intelectuales, antes del fin del régimen franquista, mediante los «puentes» a que se refiere Abellán, y después directamente, ha venido a fundir —o a extender la fusión— la cultura de allende el Atlántico con la cultura española. Quizá no sea muy aventurado empezar a hablar ya de una cultura hispanoamericana.

Cita Abellán unas frases de Américo Castro muy significativas al respecto: «a pesar de las separaciones políticas y económicas entre las repúblicas hispanoamericanas, no es menos cierto que todas ellas poseen una profunda unidad —de lenguaje, de religión, de costumbres, de carácter, de virtudes, de defectos—, unidad más permanente y más

esencial que su desunión política». Pues bien, hoy, gracias en buena parte al exilio, se debe incluir a la democrática —cuidado, a la democracia— España entre las naciones hispanoamericanas, porque a todos esos factores de unidad que enumera Américo Castro se añade la cultura de los intelectuales de ambas orillas del Atlántico. Las plantas sembradas por los exiliados han crecido y están floreciendo en todas las tierras de Hispanoamérica. Las citas de Abellán entrañan una respuesta a la pregunta: ¿hay una cultura hispanoamericana? Sus textos suscitan muchas más preguntas.

NEGRI: UNA LECTURA POLITICA DE MARX Y SPINOZA

Miguel Porta

A. Negri:
Marx oltre Marx.
Feltrinelli. Milán, 1979.

L'anomalia salvaggia.
Saggio sul potere e potenza in
Baruch Spinoza.
Feltrinelli. Milán, 1981.

Pipe-Line. Lettere de Rebibbia.
Einaudi. Turín, 1983.

Desde que Toni Negri obtuviera un acta de diputado en el Parlamento italiano, presentándose como independiente en las listas del Partido Radical, el (ex) profesor de Doctrina del Estado de la Universidad de Padua y teórico de la autonomía obrera salta con cierta asiduidad a las páginas de los medios de

comunicación. No es éste el lugar para ocuparse de las vicisitudes (que a veces rayan lo vergonzoso) de la detención, acusación y proceso en el que se vio, y todavía se ve, involucrado Negri (los medios de comunicación han dado ya, en mayor o menor grado y con mayor o menor «fortuna», cuenta de ello). Nuestro propósito es el de dar cuenta, muy sintéticamente, de las tres últimas obras del prolífico autor italiano; obras que lamentablemente no están editadas en castellano y que mucho nos tememos que no lo estarán nunca, pese a su importancia y valor polémico. Recordemos, para aquellas personas interesadas en leer algo de Negri en castellano, que existen ediciones de *Dominio y Sabotaje* (El Viejo Topo, 1979) y *Del obrero-masa al obrero-social* (Anagrama, 1980).

Al empezar a hablar de la producción teórica de Negri conviene aclarar que la misma no se caracteriza por la simplicidad —como pudiera pensarse en una persona tachada de «terrorista»—, sino que la obra de Negri alcanza considerables niveles de complejidad, abstracción e, incluso, no le es ajena cierto «academicismo», cosa que hace que su lectura no sea ciertamente fácil.

Marx más allá de Marx es el resultado de unas lecciones que en L'Ecole Normale de París dedicó Negri a los *Grundrisse* de Marx, obra que, como es sabido, fue publicada por primera vez por el Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú, en 1939-40 y que pasó desapercibida hasta los años 60. Los *Grundrisse*, que son unos cuadernos redactados por Marx en 1857-58, se han considerado tradicionalmente como simple esbozo o material que serviría posteriormen-

te para la redacción de *El capital*, que sería la obra magna de Marx. Negri se muestra contrario a esta idea y afirma que en los *Grundrisse* se encuentra el «centro dinámico del pensamiento marxiano» y que estamos frente a la «cima del desarrollo teórico, el momento en que el sistema en formación, lejos de cerrarse, se abre sobre el todo de la práctica». Así pues, y a partir de una lectura política de los *Grundrisse*, Negri intenta fundamentar los elementos claves de una práctica revolucionaria que persiga la sustitución del capitalismo y la instauración de una sociedad alternativa. Ahora bien, las reflexiones de Negri no son sólo de orden político, sino también de orden económico —que van con Marx, pero «más allá de Marx»— que le sirven para fundamentar una práctica política que sería, a su decir, la que el propio Marx hubiera fundamentado de haber desarrollado las tesis que se esbozan en los *Grundrisse*. Tales reflexiones económicas (y políticas) giran fundamentalmente en torno al valor, el dinero, el salario y la plusvalía.

Al partir Negri de una definición del marxismo como «ciencia de la crisis y de la subversión», piensa que el análisis del capitalismo debe arrancar de aquellos elementos que en el seno del sistema propician la aparición de la crisis. Así piensa que, como se hace en los *Grundrisse* y al revés de lo que ocurre en *El capital*, el valor debe tratarse no a partir de la mercancía, sino a partir del dinero. Tal reducción (subordinación) de la teoría del valor al dinero permitiría comprender mejor los mecanismos de las crisis que son inherentes al sistema (oscilaciones periódicas, intercambio monetario, etc.), al

tiempo que en la crítica del dinero se encontraría una crítica del poder y la dominación ya que aquél remite directamente a relaciones sociales de desigualdad y muy particularmente a la relación salarial y a la plusvalía. Por lo que respecta al salario, si bien es cierto que Marx no escribió su proyectado libro sobre el mismo, Negri dice que en los *Grundrisse* pueden encontrarse los rasgos fundamentales de lo que hubiera sido dicha obra: un tratado sobre la clase obrera que, basado en la categoría de dinero («el dinero es la forma general del dominio del capital»), marcaría el paso de lo económico a lo político al mostrar que la relación salarial es, ante todo, una relación de dependencia.

En la reflexión sobre la plusvalía, Negri se opone a la interpretación según la cual la plusvalía es sobre trabajo, y la considera como parte del valor formado (por supuesto que el beneficio no sería más que la expresión social de la plusvalía). El mérito de Negri estriba en que, siendo posibles las dos interpretaciones, su opción permite comprender mejor la plusvalía como antagonismo entre capital y trabajo («cuantificar la plusvalía —dirá Negri— significa considerar que el proceso de trabajo produce un valor global del cual una parte sirve para reproducir a la clase obrera y la otra comprende todos los elementos de la reproducción del capital y su crecimiento gigantesco»).

Mención especial merecen las consideraciones generales sobre el sistema capitalista tal y como se está configurando en la época actual. Nos encontraríamos, en síntesis, frente a un desplazamiento que hace que, incluso, el modo de producción se modifi-

que y que el capitalismo de ayer ya no sea el «capital social» («totalidad del trabajo y de la vida») de hoy. Pero esta transformación o reestructuración del capital —que, por otra parte, está siempre en proceso de reestructuración— no obsta para que dé lugar, a su vez, a un nuevo antagonismo que se manifiesta por todas partes. Frente a la «microfísica del poder» (Negri asimila a su modo la problemática foucaultiana) y frente a sus manifestaciones políticas (autoritarismo, limitaciones, etc.) emerge la «subjetividad revolucionaria» del proletariado.

Ahora bien, el proletariado no es para Negri una categoría sociológica que exista con anterioridad e independencia de la lucha de clases, sino que es una «subjetividad» que se transforma en sujeto social a través del antagonismo que le opone al capital. El proletariado es el sujeto social revolucionario capaz de apoderarse y de disfrutar todo aquello que produce; pero para ello, dirá Negri, no basta con invertir el control capitalista de la producción, sino que es necesario negar la relación capitalista y, en primer lugar, la ley del valor. Para destruir el sistema y emancipar el trabajo es necesario, dirá Negri, que el proletariado proceda a la «autovalorización» («alternativa que, en el terreno de la producción y la reproducción, pone en marcha la clase obrera en contra de los mecanismos capitalistas de acumulación y desarrollo»). Dicha «autovalorización» debiera materializarse en primer lugar en el «no-trabajo», en un «rechazo del trabajo» que permitiera planificar su abolición (del trabajo alienado, por supuesto). Es más, en la perspectiva de Negri el propio comunismo se presenta como

negación y abolición del trabajo alienado. Como muy bien se ha señalado, el comunismo (o la emancipación, por utilizar un término menos connotado) no es aquí el horizonte o meta de una transición, sino que es la forma misma de la transición. Mediante la autovalorización o planificación del no-trabajo se pretende transformar el contenido negativo del «rechazo del trabajo» en contenido positivo de una sociedad emancipada que abriría el camino a nuevos modos de vivir, producir y consumir.

Esta lectura política de una obra (en este caso los *Grundrisse*), que no es más que una lectura-pretexito para exponer todo un programa táctico y estratégico, tendrá su continuación en el libro aparentemente «filosófico» sobre Spinoza. En efecto, *La anomalía salvaje. Ensayo sobre el poder y la potencia en Spinoza* no es más que otra lectura-pretexito que permite reflexionar y proponer una cierta práctica política. Así, al descalificar la línea que de Hobbes conduce a Hegel pasando por Rousseau, caracterizada por la alienación de la soberanía al Estado a cambio de seguridad y protección, y al reivindicar la línea que va de Maquiavelo a Marx pasando por Spinoza, se está reivindicando, en realidad, el ideal de la liberación y la idea de transgresión (de superación de lo existente) que se encuentra en esta segunda línea. El pensador holandés, como ya indicara Althusser en su momento, vuelve a ser el referente en donde encontrar no sólo los antecedentes de Marx, sino también en donde buscar inspiración para problemas (político-sociales y no sólo filosóficos) actuales.

Por último, en las *Cartas* (especie de autobiografía en

forma epistolar), escritas en la prisión romana de Rebibbia, Negri cuenta (y reflexiona) sus experiencias prácticas (contactos con el movimiento católico, luchas de Turín, represión sufrida, etc.), así como sus experiencias teóricas (valoración de la Escuela de Frankfurt, antipsiquiatría, etcétera); la perspectiva sigue siendo la misma: una crítica radical de lo existente que tiene como horizonte la transformación revolucionaria de la sociedad.

Ciertamente no es difícil encontrar en los trabajos de Negri rasgos de voluntarismo, subjetivismo, retórica y, por supuesto, «heterodoxia». Ahora bien, y esto es importante, no es menos cierto que estamos ante un pensador que ofrece un camino alternativo, no sabemos si viable o inviable, a los existentes. Y esto, la verdad, no es que abunde mucho ni que nos sobre.

LA SUBVERSION RADICAL

Mariví Rodilla

Ignacio Fernández de Castro y Carmen Elejabeitia.
Crítica de la modernidad.
El pensamiento emergente.
Editorial Fontamara.
Colección Logos, 8.
Barcelona, 1983.

Crítica de la modernidad no es el primer trabajo que realizan juntos Fernández de

Castro y Carmen de Elejabeitia. Anteriormente ya habían publicado *El hombre mercancía*. La realización de esta segunda obra conjunta se ha visto dinamizada por el concurso de dos componentes: de un lado, diversas lecturas de autores contemporáneos sobre poder, psicoanálisis, lenguaje...; de otro, las aportaciones surgidas de un seminario que llevaron a cabo con la participación de varios estudiantes de sociología durante el tiempo que duró la elaboración del trabajo.

Los autores han pretendido construir un discurso crítico que, centrado en el análisis y crítica del movimiento obrero organizado y de sus logros hasta el momento, suponga al mismo tiempo un estudio de los nuevos movimientos subversivos que desde diferentes posturas y lugares están planteando una serie de respuestas y luchas frente al poder. La constatación de que dichos grupos sociales distan, en la mayoría de las ocasiones, de pertenecer enteramente a la clase obrera productiva, sujeto histórico revolucionario del cambio a una sociedad sin clases, les hace plantearse la necesidad de una nueva lectura crítica del concepto de clase obrera al que Marx llega en *El Capital*, especialmente en el primer tomo del mismo.

Para ello, y situados desde una perspectiva marxista crítica, los autores utilizan libremente las teorías de corrientes de pensamiento diversas. Por un lado las investigaciones en lingüística que arrancan de Saussure; por otro, las investigaciones psicoanalíticas que parten de Freud, especialmente las de Lacan y Deleuze sobre el complejo de Edipo y la estructura familiar. Resulta, asimismo, evidente la influencia teórica de autores como